

# LOS SEMBRADORES DE LA DISCORDIA

*MACK REYNOLDS*

Harvey Todd, director del Departamento de Seguridad, puso sus iniciales en dos documentos, los dejó a un lado y tomó otro informe. No se molestó en levantar la vista.

—Desearía que fueras lo más breve posible, Ross. Estoy lleno de trabajo.

—Jefe —comenzó con vacilación Ross Wooley—, supongamos que deseo investigar algo por cuenta propia, siguiendo una corazonada.

Todd dirigió una mirada inquisitiva a su subordinado.

—¿Qué traes entre manos?

—Es algo bastante raro —respondió el otro—. Algo que le hará pensar si estoy en mis cabales.

Harvey Todd descansó la pluma y sonrió a su mejor agente.

—Debe tratarse de algo gordo, Ross. Pero tu reputación es buena y tus presentimientos han sido acertados hasta ahora. ¿De qué se trata?

Wooley se rascó la barbilla con la uña del pulgar.

—Jefe —murmuró lentamente, sin estar seguro de cómo serían recibidas sus palabras—, tengo razones para sospechar que hay visitantes indeseables en los Estados Unidos.

El jefe del departamento lo miró con recelo.

—Por supuesto que hay visitantes indeseables. ¿Y qué hay de eso? No es de nuestra jurisdicción.

—Quiero decir, visitantes del espacio, de otro planeta tal vez.

—¿Has bebido?

—No, señor.

Harvey Todd lo miró largamente, sin decir nada. Por fin murmuró:

—Oigamos.

—Me gustaría tener su permiso para investigar. Si no me lo concede, le pediré una licencia para investigar por mi cuenta. Y si no es posible, presentaré mi renuncia para tener libertad de hacerlo como simple ciudadano. —Los ojos del agente parpadearon con rapidez tras los anteojos de concha.

Todd miró el montón de cartas que estaba sobre su escritorio y suspiró. Las hizo a un lado, metió la mano al cajón de su escritorio y sacó una vieja pipa y una lata de tabaco. No habló hasta que la pipa estuvo llena y encendida y él se reclinó en el respaldo de su sillón, aspirando el aromático humo.

—Parece ser de mucha importancia para ti. ¿Qué sabes de eso?

El agente se agitó incómodo.

—No lo suficiente para que tenga sentido, jefe. Un artículo aquí, una observación allá, algún comentario de un oscuro científico; es más un presentimiento que otra cosa. Lo que deseo es disponer del tiempo necesario para llevar a cabo una investigación preliminar. Si obtengo algo definido, lo reportaré de inmediato. Entonces, será cuenta suya.

Harvey Todd dejó que el humo escapara por su nariz y miró con preocupación a Ross.

—Necesito algo más que eso. No puedo asignar a un agente para que ande por ahí buscando personajes al estilo de Buck Rogers, sin tener una idea de qué se trata exactamente.

—Usted dijo que mi reputación era buena —le recordó Ross.

Todd tomó su pluma y dibujó abstraídamente sobre un papel.

—Sería terrible para el departamento quedar expuesto al ridículo, Ross. El año pasado estuvimos varias veces bajo el fuego. Conozco algunos miembros del Congreso que gozarían si supieran que he asignado un agente para perseguir marcianos.

—¿Prefiere entonces mi renuncia? —La voz del dinámico agente se hizo tensa.

Su jefe gruñó con disgusto; finalmente se decidió.

—¡No, maldita sea! Haz tus investigaciones. Pero, por amor del cielo, ten discreción. Si esto llega a los periódicos, la prisión de Alcatraz será poco para ti.

Ross Wooley sonrió al decir:

—Gracias..., eh..., tendré que hacer algunos viajes.

—Habla con Smith cuando salgas. Ahora, vete. Creo que estás loco. —Harvey Todd tomó su pluma y otro rimeró de cartas, suspiró, y continuó su trabajo.

La sirvienta lo condujo al estudio. Miró rápidamente a su alrededor y recibió la impresión de interminables estanterías de libros, algunos sillones bastante cómodos, buena iluminación, dos pinturas al óleo de cierta calidad en los muros y un pequeño bar portátil. Un cuarto de hombre de estudio.

El profesor André Dumar levantó la vista con un fruncimiento de ceño y miró nuevamente la tarjeta que tenía en sus manos.

—¿El señor Ross Wooley?

—Así es —el agente se volvió hacia la sirvienta. Ésta abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Tome asiento, señor Wooley —ofreció el profesor—. No tiene usted el aspecto que Hollywood atribuye a los agentes de seguridad.

Ross Wooley no sonrió. Muchas veces antes había escuchado las mismas palabras.

—Esa es una ventaja para mi trabajo, profesor.

—Hace unos treinta años, mientras aún estudiaba, recuerdo haber escrito un ensayo para mi clase de antropología titulado: «Comunismo primitivo entre los amerindios». Aparte de eso, no puedo pensar en nada de mi vida que motive la visita de un hombre del Departamento de Seguridad.

—Vengo por información, profesor —indicó Ross, tomando asiento—. Usted parece ser una autoridad en algunas materias oscuras; algo así como un especialista en desviaciones.

—Parece que necesita ser más explícito, joven.

—Usted limitó sus investigaciones a materias que muchos hombres de ciencia, por temor al ridículo, deliberadamente evitan. Telepatía, clarividencia, por ejemplo; usted ha sido un precursor en sus estudios iniciales.

—Actualmente eso cae fuera de mi línea de trabajo, pero es una investigación fascinante —explicó el profesor—. Ahora que el hielo está roto, le diré que diversos especialistas más capaces que yo están trabajando activamente en Percepción Extra Sensorial.

Ross Wooley pasó nerviosamente la mano por su barbilla.

—Antes de seguir adelante, profesor, me gustaría que comprendiera que no importa cuán extrañas sean las cosas que le pregunte, mi departamento le suplica que no las comente, ni siquiera con los miembros de su familia.

El profesor Dumar frunció el ceño y miró nuevamente la tarjeta.

—Aquí dice que usted es agente del gobierno. ¿Puede probarlo?

Wooley sonrió.

—Una precaución natural, profesor —agregó Wooley. Sacó su identificación del bolsillo y se la tendió al otro, para su inspección.

El profesor examinó cuidadosamente las credenciales, descolgó el teléfono y pidió al operador.

—Deme el Departamento de Seguridad, por favor... Hola, habla el profesor André Dumar. Aquí en mi estudio hay un hombre que pretende llamarse Ross Wooley. ¿Tienen ustedes un agente que responda a ese nombre?... Gracias. ¿Puede describirlo? Muchas gracias. Adiós.

El profesor devolvió las credenciales y descansó en su sillón.

—Parece ser que usted es realmente quien pretende. ¿Cuáles son las preguntas?

Ross Wooley enmarcó cuidadosamente la primera.

—Profesor, ¿hay vida en el Universo, además de la que se encuentra en la Tierra?

Dumar se quitó los anteojos y lo miró.

—¿Vida?

—Sí. Vida diferente.

El científico pensó un momento, y después dijo con lentitud:

—Estamos positivamente seguros que existe vegetación, por lo menos en Marte; pero es muy improbable que los demás planetas tengan formas de vida.

—¿Y qué hay de otros sistemas estelares?

—Por supuesto, las autoridades difieren considerablemente...

—Le pregunto *su* opinión, profesor —lo interrumpió Wooley.

El otro se movió como si la pregunta del agente lo irritara.

—Dada la multitud de estrellas en nuestro Universo, es posible que las condiciones aplicables a nuestro sistema solar se dupliquen en otra parte. En tal caso, diría que la vida también se duplicaría.

—¿Vida inteligente?

—Posiblemente.

—Ahora bien, esta pregunta es importante, profesor. Suponiendo que la vida exista en otros sitios, ¿podrían sus representantes venir a la Tierra?

El profesor Dumar golpeó el marco de oro de sus anteojos con la uña.

—¿Quién le ha informado de mis investigaciones en este campo? —indagó.

*Acerté*, pensó el agente, sin aliento. Y dijo con calma:

—Nadie, profesor, fue un golpe a ciegas. Dígame, por favor, lo que pueda.

Dumar se puso de pie y fue a su bar portátil.

—¿Bebe? —preguntó por sobre su hombro.

—No, gracias.

Fue la primera pista en la investigación. El agente estaba bastante estimulado, sin necesidad de alcohol.

—Si no le importa, yo tomaré un trago —el profesor se sirvió whisky con agua y volvió a su sillón. De un trago se bebió la mitad y se extendió en la materia.

—Hace unos tres años me di cuenta que en la Tierra habían formas extrañas de vida. Aparentemente han estado aquí por un largo período, pero algo anda mal con ellas. Mi primera pista fue el hecho que parecían causar repulsión a los demás animales, incluyendo al hombre.

—¿Cómo es eso? —interrumpió Wooley.

El profesor se pasó una mano entre los cabellos, con irritación, como si fuera difícil de explicar.

—Tome a la araña, por ejemplo, o a la serpiente; nueve de cada diez personas sienten una instintiva aversión a la vista de aquéllas. Creo que eso es porque sabemos que no pertenecen al mundo nuestro. Son ajenas a la Tierra y, subconscientemente, nos damos cuenta y se nos pone la carne de gallina. A esta lista se pueden añadir la rata y la cucaracha.

—Siempre he pensado que el temor a la serpiente y a la araña es instintivo, heredado del hombre primitivo. Después de todo, son venenosas.

El profesor movió la cabeza.

—Eso no es una respuesta. Pocas arañas y serpientes son ponzoñosas. Además, no es sólo temor, es una absoluta repulsión la que sentimos. Por otra parte, los animales de presa mataron más hombres primitivos que las arañas o las serpientes. ¿Por qué no sentimos esa instintiva aversión cuando vemos a los leones, osos o lobos? Y, finalmente, tendrá usted que aceptar que la repugnancia es semejante, aun cuando no tan fuerte, por las ratas y las cucarachas, aunque ciertamente no son venenosas.

El agente hizo un gesto.

—Pero, ¿cómo llegaron aquí? No sugeriré usted que las serpientes, las arañas o las ratas tengan la habilidad para construir naves espaciales.

—Con toda franqueza, ése ha sido el mayor obstáculo de mi teoría. Tengo dos respuestas posibles, y ninguna de las dos me satisface.

—¿Tiene algún inconveniente en explicarlas?

—Una posibilidad es que hace mucho tiempo llegó una nave espacial y se estrelló. Las formas de vida que la tripulaban se vieron forzadas a permanecer aquí. Sin embargo, las condiciones en la Tierra eran diferentes de las de su planeta original y no tuvieron éxito en adaptarse. Degeneraron hasta quedar al mismo nivel de las formas de vida no inteligentes en la actualidad.

Ross Wooley no quedó satisfecho.

—¿Qué lo llevó a esa teoría?

—Me pareció notar que la rata ocupó, en alguna oportunidad, un escalón más alto en la escala de la evolución. Notará que la rata a veces decora su nido con trozos de vidrio de colores o fragmentos brillantes de metal. ¿Puede ser eso el vestigio de un sentido estético?

—¿O los principios? —sugirió Wooley.

—Posiblemente. No siento muy fuerte esta teoría. La que prefiero es la dice que son conejillos de indias —dijo el profesor.

—¿Conejillos de indias?

—Así es. Supongamos que otro planeta deseaba sitio para expandirse y vio en la Tierra una posible colonia. Antes de arriesgarse a enfermedades desconocidas, y otras posibilidades letales, simplemente desembarcarían cierto número de especies inferiores de su propio planeta. Si la serpiente, araña, rata y cucaracha pudieran adaptarse a la Tierra sin sufrir daños, entonces los invasores estarían en posibilidades de apoderarse del planeta, sin temor.

Ross Wooley parpadeó.

—Profesor, me parece que el punto más débil de sus teorías es el hecho que esas formas de vida han estado en la Tierra indefinidamente. La cucaracha, por ejemplo, me parece haber leído que es uno de los habitantes más antiguos de la Tierra. Y todos ellos, serpiente, araña y rata, han estado desde los tiempos más antiguos.

Dumar tomó un sorbo de su bebida, pensativamente.

—No sabemos que los extraños tengan ninguna prisa. Quizá estén dispuestos a esperar cientos de miles de años para estar seguros que la Tierra es apropiada para su especie. Para una civilización joven como la nuestra unos cuantos millares de años parecen un período interminable, pero para una cultura que puede tener una edad de millones de años, es ciertamente muy poco tiempo.

—Entonces, para resumir, usted cree que hay otra vida inteligente en el Universo y que, por una razón o por otra, han desembarcado extrañas formas de vida en la Tierra.

El profesor asintió.

—Más o menos, así es.

El siguiente nombre lo llevó hasta el otro extremo del continente, en San Francisco; hubiese vacilado en gastar el tiempo y el dinero necesarios, a no ser por el renovado interés que le inspirara Dumar.

—Esto forma parte de una de sus recientes conferencias —empezó el agente, sacando un recorte de un sobre y leyendo en voz alta—: «de hecho, son tan caóticos los asuntos humanos, es tan increíble que él mismo sea su peor enemigo, que se pudiera creer que seres extraños del espacio, enemigos debido a alguna razón ignota, se encuentran entre nosotros sabotando nuestros esfuerzos hacia el progreso...»

—¿Es correcta la referencia? —preguntó Wooley alzando la vista.

El conferencista de fama nacional, en cuya oficina se encontraban, frunció el ceño, pero asintió.

—Substancialmente.

—¿Qué quiso decir con eso?

Morton Harrison hizo un gesto de impaciencia.

—No quise decir nada en particular. ¿A qué conclusión quiere llegar?

Ross Wooley guardó el recorte en su bolsillo.

—¿De dónde sacó la idea que existe la posibilidad que haya visitantes del espacio entre nosotros?

El otro empezó a reír.

—¡Cielo santo, joven! ¿Ha llegado el Departamento de Seguridad al extremo de investigar a personajes de ciencia ficción? Esa idea no significa nada; sólo intenté acentuar que el hombre es enemigo de sí mismo hasta un extremo que parece imposible.

—¿Puede citar un ejemplo?

—Puedo citar muchos, pero me conformaré con uno o dos. ¿Ha notado usted que las personas y organizaciones que pugnan por el avance del hombre son habitualmente ignoradas o escarnecidas? Tomemos a los pacifistas, por ejemplo. La mayor parte de la gente los clasifica como chiflados. En tiempos de paz, se les ridiculiza, y en tiempos de guerra, son arrojados a la cárcel o a campos de concentración. Todos pretenden estar contra la guerra; ¿por qué entonces ese desprecio para quienes más enérgicamente trabajan para acabar con ella?

—Nunca se me ocurrió —confesó Ross, pensativamente.

—Permítame otro ejemplo —continuó Harrison—. En este país nos gusta hablar de nuestras libertades, pero realmente hay pocos sitios donde se pueda encontrar más intolerancia y persecución. En nuestros estados del sur, el ejemplo es obvio; y el antisemitismo existe en muchos lugares de la nación. Pero eso es sólo el principio. En la costa del Pacífico tenemos discriminación contra los descendientes de japoneses, en ciertas áreas; y en contra de los de ascendencia mexicana, en otras. En California central existe la discriminación contra los descendientes de portugueses. En la región de los grandes lagos, contra los finlandeses; en el sudoeste, contra el indio americano.

»No está limitada esta práctica a nuestro país. Cuando los americanos viajamos, a menudo encontramos indicaciones que se mofan de nosotros, que se nos considera advenedizos y metalizados, por los miembros de otras naciones. Es divertido ver cómo los norteamericanos, ingleses, franceses y otros miembros de las Naciones Unidas se encrespan ante la actitud de alemanes y japoneses que claman ser superhombres; pero, en realidad, nosotros practicamos la misma doctrina.

Wooley se agitó inquieto, como si fuera a protestar por la última parte de la conferencia, pero Harrison lo contuvo con un ademán y continuó:

—Lo importante es que en vez de apoyar y luchar por causas tales como la abolición de la guerra, un mejor sistema social, la terminación de la intolerancia y la discriminación racial, el promedio de los seres humanos son llevados a atacar, o al menos sentir disgusto contra aquellos que trabajan para llegar a obtener esos objetivos. Parece que deliberadamente luchamos contra las cosas que deseamos.

Ross Wooley guardó su cuaderno y se puso de pie.

—Creo que ahora lo entiendo. No estoy totalmente de acuerdo con usted; pero por lo menos, entiendo su referencia en cuanto a los visitantes del espacio.

La entrevista con Harrison fue desalentadora, y sólo quedaba otro nombre en la lista. Era el de un médico avecindado en Los Angeles. *La ciudad de los chiflados*, pensó. El tipo, probablemente, pretendería tener a un marciano encerrado en el sótano.

Sin embargo, el doctor Kenneth Keith, presidente de la Asociación de Astronáutica Occidental y miembro destacado de un grupo forteano, estaba demasiado cerca para no verlo. Ross tomó el avión de Los Angeles y un taxi para ir a la casa del hombre que escribiera un libro sobre las posibilidades de los viajes espaciales.

Le tomó cinco minutos convencer a la señora Keith que él no era un fanático de la ciencia ficción, tratando de entrevistar al presidente de la Sociedad Astronáutica, para discutir sobre las ventajas de emplear ácido nítrico y anilina como combustible, en lugar de ácido nítrico y ethyl vinílico en el primer cohete lunar.

Cuando se encontró finalmente en el estudio del doctor, vaciló antes de empezar. Tantas veces había sido rechazado...

El doctor tomó la iniciativa.

—Probablemente está usted aquí debido a mi artículo acerca de la presencia de seres de otros planetas aquí en la Tierra...

—¿Cómo...? —parpadeó Ross.

El doctor Keith se encogió de hombros.

—Se ha sugerido, casi probado, una veintena de veces. Sólo recientemente me di cuenta de por qué se ha ignorado la prueba de esto, y creo que ya es tiempo de aclarar la situación. Por eso es que puse énfasis en el hecho que aunque el hombre está en los umbrales de los viajes espaciales, no ha sido el primero en utilizarlos.

Wooley se animó visiblemente.

—Antes de seguir adelante, usted dice que el hecho que han existido los viajes espaciales ha sido probado una veintena de veces. Mencione una.

Keith se levantó y fue hacia uno de los estantes que llenaban las paredes. Regresó con un volumen que arrojó al regazo del agente.

—Ahí está la prueba —señaló.

Ross lo tomó ávidamente, leyó el título y frunció el ceño.



—¡Eso! de Charles Fort.

Keith lo amenazó con un dedo.

—A eso me refiero. ¿Por qué se disgusta cuando ve la *prueba* que le ofrezco?

El agente arrojó despectivamente el libro a una pequeña mesa cercana a su asiento.

—Me temo que Fort no es exactamente aceptable como prueba. Por lo general se le clasifica como un chiflado... —se detuvo recordando súbitamente lo que Morton Harrison le dijera. Aquellas personas que se destacan en la lucha por el progreso del hombre, son escarnecidas como locos, fanáticos y desequilibrados. Tal es el caso de Fort.

—Muy bien —aceptó—. Lo escucho. Diga.

El doctor Keith se lanzó animadamente a convencerlo.

—En el siglo pasado se estableció, en diversas ocasiones, que se han efectuado viajes desde otros planetas al nuestro. Fort, entre otros, lo prueba en sus libros. Yo he sabido esto durante varios años y me asombra que el hecho no sea aceptado generalmente. Hace poco encontré la razón.

—¿Y cuál es la razón? —preguntó ansiosamente Wooley.

—Los que hemos sospechado la existencia de estos visitantes, siempre pensamos en ellos sólo como *visitantes*. Los más, suponemos que no se revelan abiertamente ante nosotros, porque piensan en el hombre como una criatura atrasada y no preparada aún para el intercambio con formas de vida más avanzadas.

Ross se movió intranquilo.

—Pero, ¿qué ha descubierto?

La autoridad en cohetes lo miró fijamente.

—No son *visitantes*, son *conquistadores*. Posiblemente ya seamos propiedad, como lo sugirió Charles Fort, pero me atrevo a pensar que nuestros potenciales amos aún no han asimilado a la Tierra.

Ross se pasó la mano por la barbilla.

—Me temo que no lo entiendo.

—Ningún conquistador se ha molestado jamás en apoderarse de un desierto sin valor o de una montaña sin habitantes. Antes de adquirir un territorio, tiene éste que poblarse con alguien a quien explotar. Durante cientos y miles de años, estos extraños han estado visitando la Tierra. Aún no estamos listos para ser conquistados, pero les interesa vigilar que nuestro desarrollo se lleve a cabo a lo largo de la línea que les conviene; algunas veces hasta nos ayudan.

»Al acercarnos finalmente a un grado de civilización, aumentan el control de nuestro destino. Desean que progrese siguiendo ciertas normas y se aseguran que así lo hagamos. Entre otras cosas, no obstante que las guerras ya resultan ridículas, ellos se encargan que conservemos el espíritu guerrero; nutren

nuestras supersticiones y nuestras intolerancias; nos mantienen divididos en naciones, clases, razas y diferentes grupos religiosos.

»Cuando al fin lleguemos a poseer el secreto de los viajes espaciales, y es evidente que estamos a punto de lograrlo, obviamente habrá llegado el momento en que asuman su papel como gobernantes.

—Pero..., ¿por qué?

Keith se puso de pie y se paseó por la habitación, con impaciencia.

—Tal vez nos han educado para ser soldados en sus guerras interplanetarias o interestelares; tal vez para ser esclavos. Todo lo que sé es que empiezan a hacerse cargo de todo. Están tomando posiciones de control en nuestros gobiernos, nuestros centros de comunicaciones, nuestros sistemas educativos. De este modo han sido capaces de reírse de Fort y de escarnecer a otros seres humanos de visión más clara que los demás.

Interrumpió su explosión verbal y se sentó de nuevo frente al agente.

—Las pruebas, señor Wooley, son incontables. Tomo por ejemplo los platillos voladores...

Harvey Todd, director del Departamento de Seguridad, levantó finalmente la vista de los papeles que leía, se quitó la pipa, apagada largo rato y dijo:

—Es un informe asombroso, Ross —su expresión era inquisitiva.

El agente había permanecido sentado a un lado, mientras su jefe leía la veintena de páginas que resumían su informe.

—Sí, señor —expresó.

—Me gustaría conocer tu propia opinión, ya que tú fuiste el que reunió el material. ¿Qué piensas de esto?

Ross Wooley se frotó la barbilla, con su gesto característico.

—Brevemente, señor. Muchos años atrás, cuando la Tierra estaba en su infancia, llegaron los primeros exploradores de otros planetas. Dejaron aquí algunas de las formas de vida de sus propios mundos, para ver si sobrevivían. La serpiente y la araña son ejemplos de ello. Entonces al evolucionar el hombre, asumieron cierto control de su desarrollo. La manera en que lo han hecho demuestra que no son exactamente benévolos. Nadie puede pensarlo. Nunca.

»Cuando finalmente lleguemos al punto en que les interesa tomar una parte más activa en nuestros asuntos, ellos tratarán de asimilarnos. Se ha sugerido que algunos de ellos ya se han infiltrado en los altos puestos de los sistemas educativos del hombre, sus gobiernos y así por el estilo.

—¿Y usted cree realmente eso? —sonrió el jefe.

Ross Wooley enrojeció y dijo con terquedad:

—Sí, señor.

—Entonces, ¿hay un movimiento secreto de seres extraterrestres que operan dentro de la estructura de nuestro gobierno.

Ross parpadeó tras los gruesos cristales de sus anteojos y asintió:

—Sí señor. Y creo que lo más importante en el mundo es desenmascarar a esos enemigos de la raza humana; desarraigarlos, destru...

Harvey Todd lo interrumpió:

—Supongamos que le ordeno abandonar esto, que me parece una tontería...

—En ese caso, señor, renunciaría a mi trabajo para continuar las investigaciones por mi cuenta.

El director del Departamento de Seguridad lo miró largamente.

—Está bien, Ross —aceptó al fin, oprimiendo un botón en su escritorio.

Una sección del muro se deslizó en silencio. Dos figuras extrañamente vestidas salieron del pasadizo secreto. No eran humanas, precisamente.

Los ojos del jefe contemplaron al agente.

—Tienes razón al creer que los de Aldebarán, no precisamente los de Marte o Venus, hemos asumido posiciones en vuestros fantásticos gobiernos terrestres

Se volvió al primero de los desconocidos, quien apuntaba en dirección de Wooley con un arma de aspecto letal.

—Dispongan de él del modo habitual.

Ross Wooley llevó la mano a su pistola. Una luz pálida brilló momentáneamente; dejó caer su arma, paralizado, y se derrumbó hacia adelante. Los dos extraños lo sujetaron antes que llegara al suelo y arrastraron su cuerpo hacia el pasadizo.

—Un momento —llamó Harvey Todd—. Llévense también su informe. Contiene varios nombres que requieren una visita. El profesor Dumar y el doctor Keith, en particular.

Miró el montón de papeles sobre su escritorio y suspiró:

—Ahora, váyanse. Tengo mucho trabajo que hacer.

**FIN**